

Luciana De Luca

OTRAS COSAS POR LAS QUE LLORAR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LUCIANA DE LUCA
OTRAS COSAS
POR LAS QUE LLORAR

TUSQUETS
EDITORES

Primero, poco y borroso. Un borde, un relieve en la superficie de las cosas. La lengua que tropieza con un bulto rosa en el rosa de la encía. Un parpadeo, un chasquido que pudo haber sido, o no. Un mordisco en la nuca. Un ruido en algún lugar de la casa. Un recuerdo acuoso, una bola de pelos en la boca. «¿Mañana hay que ir al doctor, Antonio? ¿Es mañana? ¿Mañana tenemos médico, Antonio?».

La impaciencia clavada en todos los ojos: toses volando, manos en el pelo, servilletas tapando las bocas, la incomodidad yendo y volviendo por encima de la mesa. Cambios de tema. Mi hijo, de visita, extranjero en el mantel de hule que no conoce: «¿Ya anda bien la máquina de coser, mami?». Como si no me diera cuenta. Como si fuera estúpida.

Ellos disimulan y yo con lo del médico, sin poder largarlo, como un pájaro en la mano, em-

pecinada en agarrarlo, en tenerlo escondido, que no se note, pero se escapa, se me va y «¿cuándo tenemos médico, Antonio?». Las caras en blanco, el silencio pesado como la manteca que cortan en rebanadas para untar en el pan, partido siempre en mil rodajas para que dure, para que alcance. Una tradición para mantener al hambre lejos de la puerta.

Antonio con las manos en la cabeza, como si se le fuera a soltar, como el pájaro que se me escurre, aunque intente. Siguen comiendo, llenando el silencio de migas para que no se note que hay algo que no está bien. Mastican con ruido. La saliva baja gruesa por la garganta, a la fuerza. Comen como animales porque yo repito las cosas como una fuente, como una canción de cuna. Hay algo dentro de mí que está fermentando y se deshace como fruta podrida, a la vista de todos.

Los vecinos se piensan que me paso el día en el jardín cortando hojas, abriendo huecos, plantando sermones donde crecen hormigueros. Que nada más salgo de las ollas para hundir las manos, mis dedos de gusanos, mis ramas secas, en la tierra. Que hago algo, porque no es normal que las plantas me crezcan contra viento y marea, las más salvajes, las más verdes, con las hojas más grandes, más carnosas. No se le murió nunca una. Ni una hoja amarilla.

Qué mentira. Cuántos lutos tuve por bulbos podridos, recién plantados, que encontré desenterrados, escupidos de la tierra, asomando entre los terrones duros. Cuántas plagas se tragaron y digirieron lo que sembré con paciencia. El jardín lleno de hojas muertas, de bichos, de árboles que largan frutos y semillas y gusanos blancos y largos como la luz. Hay que ver, son cosas de gualicho. Y no, no saben nada.

La de al lado se anima. Quiere hacer justicia, revelar el secreto más tarde a un público aburrido y

en chancletas. Me chista, me llama desde el techo, embadurnada en Coca-Cola para que el sol la queme y le tape las estrías, la ayude a disimular la carne caída. Envuelta en un traje de baño verde dos talles más chico, incrustado en la cadera, me pregunta en un grito qué les tiro: ¿aspirinas a la tierra, al agua? ¿O son las píldoras? Eso dicen que funciona. No buenas tardes. No disculpe. Nada: tira la ponzoña como una piedra y no esconde la mano. Aprovecha y se burla porque estoy abajo, porque se cree su majestad del cielo despejado y del verano ahí arriba, acanalada, encima de las chapas al sol.

Qué imbécil. La tendría que haber bajado a escobazos, como a los gatos en celo. Me hago la sorda, me meto atrás del estruendo de la regadera de chapa, en la cascada desafinada de la canilla. Desde arriba del techo, chista y aplaude, la foca estúpida, para que la mire. No la quema el sol, sino el desprecio. No la miro. Ni loca. Que rabie. Y rabia. Espolea las chapas con los talones. Me putea en criollo con la mano bocina, bien alto para que la oiga. Yo entre las plantas; ella entre las nubes y las canaletas. A ver quién gana. A ver quién aguanta más. Me llama «Carolina, Carolina», una vez y otra, la gallina rota, hasta que se cansa. «Vieja loca», grita y se manda a mudar. Encima de la reposera, del techo mugriento, queda una estela brillante de moscas y caderas zumbando.

Antonio se va a trabajar. Antonio vuelve. Va. Vuelve Antonio. Come. Ronca. Se afeita la cara de perro guardián. Prolijo, porque hay una vida que ganarse, aunque creamos que con haber nacido alcanza, que ya es nuestra, que nos fue dada. Hay que hacerla, cada día, con esfuerzo. Está la plata en el medio, dice Antonio. Están las cosas que necesitamos. Las cosas. Sábanas, frutas, cepillos para los zapatos, cortinas de baño, ruedas, mitones. Qué importa si la tierra es nuestra, si la comida brota en cualquier rincón porque la regamos con paciencia.

No alcanza con saber que si queremos podemos cavar con las manos y sacudir los terrones para comer las cosas como vienen, sucias, con gusanos, húmedas. No hay otra vida posible, le dice Antonio a los vecinos. A los viajantes. A los clientes. Trabajar, trabajar y después morirse, me dice a mí, a las ventanas, al suelo, mientras abre

la puerta, mientras me abre a mí, para irse al negocio. Antonio se va despierto y vuelve cansado. Se gasta en el trabajo todas las palabras que tiene en la boca, las que tiene de reserva, ahorradas en el paladar, las que necesita por si hay una emergencia. Vuelve a casa seco. Vacío. Antonio cierra todas sus ventanas y se queda así. Mudo. Descascarado.

Yo lo espero con la comida hecha, la casa armada, los gatos llenos, el vestido limpio, los pensamientos ordenados. Todo anotado y tachado. Trabo los dientes para no repetir las cosas. Hecho lo que hay que hacer, lo espero. Aunque venga siempre igual, callado, seco, con la misma cara, llevo colgando del cuello, fresca, desesperada como las flores salvajes que nacen para morir al otro día, esta sensación incómoda, apretada, de que nunca se llega a conocer bien a nadie.

Haga listas, dijo, para no olvidarse el orden de las cosas: de los buenos modales, de la higiene personal, de la construcción de la sopa. Anote si se olvida, anote si duda, si tiene fantasmas sentados en el borde del ojo, si se le oscurece el ánimo y siente una tromba de olor a sangre que viene de adentro del cuerpo. Anote para aliviarse, para volver a ser buena, para que no se la coma el Pampero o la tormenta de arena que le envuelve la memoria.

Anote, dijo, escribiendo él mismo en una receta, con su letra inentendible, las instrucciones para evitar el derrumbe, el desmigüe. «Hágase escribiendo, ¿entiende? Ármese cada día. Vuelva a empezarse. Lo de antes va a estar a salvo siempre. Se va a acordar de todos los detalles. Hasta los más chiquitos. El problema es ahora. Lo nuevo, lo de recién. La rutina. Ahí falla la cosa. ¿Me comprenden?».

Antonio que sí, doctor, entiendo. Y a mí, Antonio: «Carolina, ¿vos?». Yo sí, todo que sí, porque no hay tiempo para lo que podría preguntar, porque las consultas duran con suerte veinte minutos y hay gente en la sala de espera leyendo las mismas revistas viejas una vez, dos veces, tres veces, buscándose en los horóscopos, tratando de sacarle el jugo a lo que ya pasó, algo que calme esa sensación seca y malhumorada que flota en los consultorios.

Entonces sí, todo que sí, pensando dónde voy a anotarme si no tengo un cuaderno propio desde que terminé la escuela.

Desde ahí para acá mi vida son hojas sueltas, cuentas, recetas. Una larga cola de barrilete con papelitos pegados. Ninguno del mismo color, del mismo tamaño. Los que traía papá del almacén, escritos de un lado, limpios del otro, para no desperdiciar y anotar las compras, las cosas pendientes. Los que me trae Antonio del negocio, de un lado escritos a máquina, con los balances que hace el contador, columna de debe, columna de haber y del otro lado nada, pero mirados a trasluz sí, la tristeza suave de recibir algo que ya está usado.

Dónde voy a anotar. En cachitos de hojas, en las esquinas que arranque de los diarios. Los tendré que ir pinchando en los tenedores, en los

cuchillos, en la puntas de la escoba, del escobillón, para que no se estropeen, para que no se me pierdan. Los ojos de mi mamá, color té. El primer día de escuela. El olor del guardapolvos en la nariz, fresco, parecido a la lluvia. Un encargo de Antonio para hoy. Uno fácil. Algo chico. Una pavada. Ahí está el problema. La misma pregunta, una vez y otra y otra más. Un agujero negro en la garganta, en la frente.

Antonio y el médico hablan, hablan. Yo pienso en las ramas, las espinas de mi patio brotado de golpe de papelitos, un pedazo de mi vida, una lista, un recordatorio, una cuenta del almacén creciendo de todas las plantas, de todas las puntas, y yo yendo de hoja en hoja para no olvidarme, para saberme Carolina, para asegurarme de no decir lo mismo de nuevo. Perdoname, Antonio, estoy distraída, pensando en tantas cosas, con tanto que hacer.

Sí, sí a todo, no me voy a olvidar de nada, lo prometo, de acuerdo, doctor, de acuerdo, Antonio.

Todo que sí.